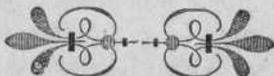


(4 pllegos.)



HISTORIA
DEL ESFORZADO CLAMADES
Y LA HERMOSA
CLARMONDA,
Ó SEA
EL CABALLO DE MADERA.



Valladolid: = 1861. Imprenta de Fernando Santaren.

(4. pliego.)



WISTONIA

DEL ESTORNADO CLAVADES

Y LA HERIOSA

CLAVADOS.

O SEA

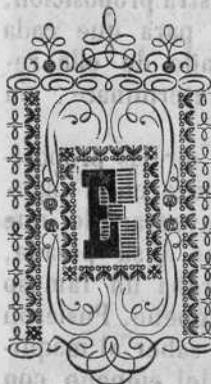
EL CABALLO DE MADRRA.



Valladolid: =1881 Imprenta de Fernando Salleras

CAPITULO PRIMERO.

Se dá noticia del nacimiento de Clamades y de tres hermanas suyas, á las que pidieron en matrimonio tres caballeros, y de lo que sucedió á Clamades con un caballo de madera.



EN la gran ciudad de Mansi, en Grecia, había un noble y virtuoso caballero que poseía varios señoríos, títulos, villas, castillos y vasallos, el cual se llamaba Mercaditas: este estaba casado con una noble y hermosa matrona de igual linaje, llamada Doctiva, de cuyo matrimonio tuvieron por hijo á Clamades y tres hijas; la primera llamada Lucinda, la segunda Máxima y la tercera Flor: esta aventajaba en hermosura á las otras, aunque todas eran hermosas. Divulgóse la fama de estas tres doncellas por varias provincias del mundo, y entre varios pretendientes, las solicitaron con mas empeño tres bizarros y esforzados mancebos de igual calidad que ellas: el uno se llamaba Rutilo, otro Polidoro y otro Lisardo. Los cuales, enamorados por retratos que habían visto de estas tres doncellas, pasaron de sus tierras á Mansi, determinados á servir las hasta lograr en matrimonio cada uno la suya: Rutilo á Lucinda, Polidoro á Máxima y Lisardo á Flor.

Un año estuvieron en Mansi rondando y paseando de noche y dia la calle de las doncellas sin poder lograr de ellas mas que verlas una rara vez, á causa de que Mercaditas las guardaba con

mucho cuidado. Ya impacientes de tolerar tanto desvio, determinaron los tres, de común acuerdo, presentarse á su padre y pedirselas en matrimonio. En efecto, así lo hicieron; y habiendo oído el padre sus pretensiones les respondió: caballeros, yo pienso en darlas estado á mis hijas; pero este ha de ser con tres circunstancias: la primera, que los sujetos con quien casen han de ser iguales en nacimiento y bienes de fortuna á ellas: la segunda, que han de ser á su gusto en lo personal, pues no es regular casarlas contra su voluntad; y la tercera de mas consideracion es, que han de ser hombres de grande ingenio, el cual he de probar y ver yo en una máquina ó invencion que cada uno me ha de presentar, por la cual quiero experimentar los talentos de los que han de casar con mis hijas. Bajo cuyas circunstancias, y no en otra forma, admito vuestra proposicion; en vista de la cual os doy un año de término para que cada uno forme la invencion que guste, y examinado de ella resultarán sus talentos; en vista de los cuales determinaré, sin hacer agravio á ninguno.

Confusos se quedaron los tres mancebos al oír las proposiciones de Mercaditas; pero por no mostrar flaqueza en el ingenio, se despidieron ofreciéndole cada uno inventar lo que pudiera para satisfacer sus preceptos; retirados á su posada, acordaron partirse á Ginebra, donde sabian paraba un famoso maquinista, el cual podría sacarlos de aquel empeño. Pusieron por obra su pensamiento; y habiéndole hecho saber al maquinista su pretension, éste les ofreció sacarlos del empeño con todo lucimiento como se lo pagáran bien.

Los mancebos le ofrecieron dar cuanto él pidiera, bajo cuya propuesta les dió palabra de servirles con toda fidelidad dentro de un breve término, durante el cual se estuvieron divirtiendo en Ginebra. Cumplido que fué el plazo, fueron los mancebos á ver al maquinista, el que, cumpliendo su palabra, les tenia hechas las máquinas siguientes: á Rutilo una paloma con dos pichones que desde la mano volaban al suelo, y arrullando hacian movimientos tan naturales como si estuvieran vivos: á Polidoro la figura de un hombre, que tañendo un instrumento cantaba y danzaba con tanta perfeccion como lo pudiera hacer el músico y danzate mas diestro: á Lisardo un caballo de madera con dos clavijas en los costados, de tan raro artificio, que moviendo una corria con tanta velocidad, que

solo se veia arrancar, pues al punto que empezaba la carrera se perdia de vista, y en tocando en la otra paraba y lo guiaban por donde querian.

Vistas las máquinas por los tres mancebos, le pagaron lo que les pidió, y cada uno con la suya se volvieron á Mansi; y habiéndoselas presentado á Mercaditas, se admiró de ver tan raras invenciones, y les ofreció estar de su parte en cuanto pudiera. Mandó llamar á sus tres hijas, y á presencia de los tres mancebos las hizo este razonamiento. Hijas, cuando estos caballeros me pidieron licencia para contraer matrimonio con vosotras, les respondí que, antes de dárselas, me habian de hacer constar tres cosas; la primera, ser personas iguales á vosotras: la segunda, ser hombres de ingenio; y la tercera, que habian de ser de vuestro gusto. De la primera, que es la igualdad, estoy satisfecho: de la segunda, que es el ingenio, lo acreditan estas tres máquinas que me han presentado; y de la tercera, que corresponde á vuestro gusto, vosotras me responderéis dentro de tercer dia, y para que lo hagais con el pleno conocimiento, os advierto que Rutilo pretende á Lucinda, Polidoro á Máxima, y Lisardo á Flor: en vista de lo cual, pensadlo bien y respondedme.

Los tres mancebos se retiraron á sus posadas y las doncellas á su retrete, examinando cada una de por sí las circunstancias que concurrían en su pretendiente. Lucinda se conformó en casarse con Rutilo, y Máxima con Polidoro; pero Flor de modo ninguno queria á Lisardo, porque decia mostraba en el semblante ser fuerte de condicion y de malas intenciones. Las dos hermanas la inclinaban á que lo admitiera; pero por mas que hicieron en los tres dias, no la pudieron convencer, de forma que llegado el tercero dia las llamó su padre, y habiéndolas preguntado su determinacion, respondieron Lucinda y Máxima: que ellas estaban conformes con la suerte que las habia tocado, y que no tenian reparo en darle gusto. Viendo Mercaditas que Flor nada respondia, la preguntó qué habia determinado, á lo que respondió Flor, diciendo: señor, el semblante de Lisardo está demostrando que es hombre de muy fuerte condicion y muy mal intencionado; y aunque puede ser que yo me engañe, no me parece conveniente esponerme con esta duda á tomar estado. No le sentó muy bien esta respuesta á Mercaditas, y así la dijo á Flor que se retirára y pensára el caso con mas juicio.

Retirada Flor, se fué al cuarto de su hermano Clamades, y con muchas lágrimas le contó lo que la habia sucedido, y que, segun la respuesta de su padre, inferia le habia dado disgusto en no haber querido admitir á Lisardo. Clamades la consoló diciéndola, que él hablaria á su padre, y que cuando esto no bastára, desengañaria á Lisardo para que desistiera de su pretension.

Con esta respuesta se fué Flor á su aposento; pero al dia siguiente, con el motivo de haber venido los tres mancebos á saber la resolucion de las doncellas, llamó Mercaditas á sus tres hijas, y á presencia de todos dijo así: señor Rutilo, Lucinda por darme gusto admite vuestra fineza, y Máxima la vuestra, Polidoro; pero Flor, señor Lisardo, aun no ha deliberado: ahora veremos lo que dice. Flor, llena de rubor y cortedad, nada respondia. Clamades, que estaba presente y sabia muy bien el interior de su hermana, dijo á su padre: señor, á mi me consta que Flor no se conforma en casarse con Lisardo, porque no la agrada el semblante áspero que demuestra, y á esto añado yo, que en punto de ingenio ya hemos visto lo que ha hecho la paloma de Rutilo y la figura de Polidoro; pero no hemos visto nada especial en el caballo de Lisardo, por cuyas circunstancias no me parece desproporcionada la repugnancia de Flor.

Lisardo, enojado de oir las palabras de Clamades, con intencion dañada y buenas palabras dijo: señor Clamades, si quereis experimentar las habilidades de mi caballo, montad en él, y vereis como son mas de las que pensais. Clamades, ignorando lo que le podia resultar, con mucha lijereza montó en él; y Lisardo, que deseaba esta ocasion, torcióle una de las clavijas, y el caballo arrancó con tanta velocidad, que en breve espacio lo perdieron de vista.

Admirados quedaron todos de ver con qué prontitud se habia desaparecido, y Mercaditas preguntó á Lisardo si tardaria mucho Clamades en dar la vuelta, á lo que respondió Lisardo, que el caballo no pararia hasta que Clamades le moviera la clavija del costado contrario, y que á él se le habia olvidado decirselo, por cuyo motivo no sabia adonde iria á parar. Mucho sintió Mercaditas el descuido de Lisardo en no haberlo dicho á Clamades como debia manejar el caballo, lo cual no atribuyó á olvido, sino á venganza por haberse Clamades opuesto al

casamiento de Lisardo con Flor, y muy sañudo les dijo á los tres: Caballeros, por ahora pueden ustedes retirarse, pues hasta que no venga mi hijo Clamades no se tratará una palabra de bodas. Dejemos á los mancebos en sus posadas y á Mercaditas y sus hijas en sus casas muy disgustados, y vamos á ver lo que le sucedió á Clamades con su caballo.

Viendo Clamades que habia corrido todo aquel dia, que la noche se venia y el caballo no templaba su carrera, haciéndose juicio que así como por haberle movido aquella clavija empezó á correr, era regular que moviéndole la del costado contrario se pararia: con este pensamiento empezó á moverle la otra, y al punto fué el caballo templando su carrera, y al poco rato paró.

CAPITULO II.

De como Clamades llegó á tierra de Toscana, y de la traza que tuvo para entrar en el jardin del almirante Ursino donde estaba la hermosa Clarmonda.



A parado el caballo, se apeó Clamades y se sentó en una piedra por descansar un poco, y mirando á una y otra parte por ver si descubria quien le dijera en qué tierra ó paraje se hallaba, reparó que á muy poca distancia estaba un hermoso palacio con cuatro torres de especial arquitectura, al cual pensó luego llegar, tanto por preguntar en qué tierra se hallaba, quanto por ver

aquel hermoso edificio; y para hacerlo sin cuidado, dejó el caballo escondido entre unas espesas yedras, por lo que le pudiera suceder. Al tiempo que Clamades empezó á caminar para el palacio vió venir hácia él un hombre en traje de labrador. Clamades le esperó; y habiéndole saludado, le respondió en lengua toscana, en la misma le correspondió Clamades, porque la sabia muy bien, y le dijo: amigo, yo espero de tu favor me digas en qué tierra me hallo, y qué palacio es este, pues con el motivo de haberme asaltado en el camino unos ladrones, haberme robado y separado de los criados que traia en mi servicio, con los ojos vendados me han traido cuatro dias y cuatro noches sin entrar en posada ni en poblado alguno, por lo cual, ni sé por dónde he venido ni en qué tierra estoy. El labrador, compadecido de la desgracia de Clamades, le dijo: señor, vos os hallais en tierra de Toscana, este palacio es una casa de campo del almirante Ursino, el cual tiene una hija la mas hermosa que se ha visto en el mundo, á la que pretenden muchos y poderosos señores; pero por tenerla el Almirante tratada de casar con el conde Feliciano, y no poder venir este á efectuar el matrimonio hasta que pasen cuatro meses, ha determinado el Almirante su padre, para quitarla de los continuos galanteos que los demas pretendientes la hacen, ponerla en esta quinta, hasta que venga el conde Feliciano, el cual ni Clarmonda ha visto, ni el Almirante conoce; pero todos nos aseguran es caballero caritativo y liberal, por lo cual todos esperamos su venida con impaciencia. Ved si tengo otra cosa en que serviros, pues con el motivo de ser yo el jardinero de esta quinta, y ser ya hora de que mi señora Clarmonda baje al jardin, no me puedo detener mas.

Atento estuvo Clamades á cuanto el jardinero le dijo, pensando valerse de esta ocasion y fingirse él el conde Feliciano, pues segun el jardinero le habia dicho, nadie habia visto dicho Conde. Con mucho disimulo y fingimiento le dijo al jardinero: ya he conocido por tus palabras que eres criado leal y hombre de verdad, por lo que creo podré fiar de tí un grande secreto. Has de saber, Merlin (que este era el nombre del jardinero), que yo soy el conde Feliciano, y el venir en esta forma disfrazada no es la causa la que dije antes, pues ni á mi me han robado, ni yo soy el que pensabas; soy el que está tratado de casar con Clarmonda; y el motivo de venir en esta forma,

es solo por si puedo ver á Clarmonda antes de casarme, sin ser de nadie descubierto, porque en punto de hermosura, unos dicen que es mucha y otros que no es tanta, en cuya variedad quiero yo desengañarme por mis ojos. Este es el secreto que de ti fio y la pretension que traigo. Si tu eres hombre que me puedes proporcionar este gusto y guardar este secreto, yo te lo pagaré muy bien y te estaré siempre reconocido.

El jardinero, que era hombre sencillo y de buena intencion, creyendo cuanto Clamades le decia, le respondió: señor, no me es á mí muy dificultoso entraros en el jardin, en el cual oculto entre sus ramas podreis ver á vuestro gusto á mi señora Clarmonda: pero para esto es forzoso os disfraceis en traje de labrador, y al punto de amanecer, que es la hora en que algunos dias suelen entrar tres ó cuatro á cultivar las tierras del jardin, entreis vos con ellos, para todo lo cual yo daré la traza en esta noche, y con esto se despidió el jardinero.

Muy contento quedó Clamades con la traza del jardinero, y por no ser visto de nadie se retiró á lo espeso del monte, donde pasó aquella noche lleno de mil imaginaciones. No bien empezó á rayar el alba, cuando Clamades se fué al sitio donde le habia de buscar el jardinero, el cual llegó á muy poco rato con un vestido de labrador, y poniéndoselo Clamades sobre el suyo, se fué con el jardinero que, incorporado con otros tres, entraron en el jardin, sin ser detenidos de guardias ni de porteros.

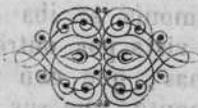
Luego que hubieron entrado, el jardinero, con cuidado, separó á Clamades de los otros trabajadores y se le llevó á su habitacion que estaba dentro del jardin, en la cual le ocultó hasta el medio dia á cuya hora le llevó de comer; y por ser hora en que los otros trabajadores estaban descansando, lo pudo ocultar en sitio proporcionado para poder ver á Clarmonda, y el jardinero se retiró á cuidar de su obligacion.

Ya iba el sol recogiendo sus luces, cuando oyó Clamades una dulce y suave orquesta de instrumentos y música que con sonora y concertada armonía se iba acercando hácia donde estaba; y aplicando la vista por entre las verdes murtas vió cuatro hermosísimas damas, que con varios instrumentos venian cantando tan dulcemente, que sus ecos le robaban las potencias, entre las cuales venia Clarmonda tan gallardamente vestida y tan hermosa, que al verla Clamades se quedó tan

fuera de sentido y tan enamorado de la peregrina beldad de Clarmonda que, á no estar á la vista el Almirante su padre, hubiera salido de entre las murtas donde estaba escondido para hablarla y verla á su satisfaccion.

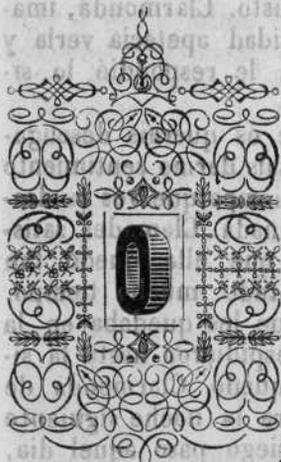
Signieron las damas y Clarmonda por el jardin, y pasaron tan cerca de Clamades, que con los vestidos tocaron en las murtas que le ocultaban; y á poca distancia se sentaron á la márgen de un arroyuelo, donde las damas para divertir á su señora cantaron muchas y graciosas tonadillas, y viendo que la noche se venia, con mucha magestad se levantó Clarmonda, y siguiendo el paseo por el jardin se retiró á su aposento.

Tan enamorado quedó Clamades de la hermosura, gallardia y magestad de Clarmonda, que entregándola todas sus potencias y sentidos desde el punto que la vió, hizo firme propósito de arriesgar su honra, vida y hacienda por lograr su blanca mano. En estos y otros pensamientos estaba el enamorado Clamades, cuando llegándose á él el jardinero, le dijo: señor, ya es hora que vengais conmigo á mi estancia, donde oculto y con toda seguridad podreis pasar la noche. Aceptó Clamades; y habiéndose ido con el jardinero, éste le preguntó si habia visto á su señora, y que le habia parecido, á lo cual le respondió Clamades: mucho me han ponderado su hermosura; pero todos se han quedado cortos, pues es tanta, que las palabras no pueden esplicarla: y en albricias del mucho gusto que me has dado con haberla visto, toma este anillo por ahora. Muy contento quedó el jardinero con su anillo, y ofreció á Clamades hacer por él cuanto pudiera: le dió noticia de las muchas habilidades y gracias de su señora, y del modo que podia tener para hablarla por un balcon que de su cuarto caia al jardin, cuyas noticias agradeció Clamades, diciéndole se valdria de su ayuda cuando la necesitára; y siendo ya mas de la media noche, se recogieron á descansar un poco.



CAPITULO III.

De como Clamades, fingiendo ser el conde Feliciano, habló á Clarmonda muchas noches por un balcon del jardin..



Ocho dias estuvo Clamades escondido en el jardin, en cuyo tiempo vió varias veces á Clarmonda, y cada dia le parecia mas hermosa, al cabo de los cuales, no pudiendo ya su mucho amor estar oculto, dijo al jardinero: Merlin, ya llegó el caso de valerme de tu favor, del cual espero busques ocasion y traza para darla á entender á tu señora el tiempo que hace estoy en el jardin: que la he visto varias veces, y deseo con ansia hablarla por el balcon la noche que guste, y que á todos nos importa el sigilo. Merlin ofreció á Clamades hacer lo que le mandaba, y

al día siguiente, con el motivo de llevarla á Clarmonda un ramo de flores del jardín, la dió á entender lo que Clamades le habia dicho.

Muy confusa quedó Clarmonda con la noticia del jardinero, sin saber á qué poder atribuir esta novedad, ni que motivo podia tener el Conde para venir disfrazado, y por dónde habia entrado en el jardín sin ser visto de guardias ni porteros; y deseosa de saberlo, le dijo al jardinero: que en aquella misma noche, luego que estuviera todo en silencio, saldría al balcon del jardín, con cuya respuesta volvió el jardinero á Clamades, el cual luego que anocheció se fué al sitio señalado, y llegada la hora salió la hermosa Clarmonda, y con mucho silencio le hizo seña á Clamades, el cual se llegó; y habiendo saludado con mucha cortesía á Clarmonda, ésta le preguntó quién era y qué se le ofrecía. Clamades, con muy rendidas palabras, la dijo; que era el conde Feliciano, su servidor, y que el motivo de venir disfrazado y haber estado escondido en su jardín solo era por verla y hablarla algunos días antes de efectuar su matrimonio, y que si por aquella acción la habia dado algun disgusto, estaba pronto á darse á conocer á su padre y demas parientes, ó hacer lo que fuera de su gusto. Clarmonda, imaginando que el Conde movido de curiosidad apetecia verla y para experimentar sus talentos hablarla, le respondió lo siguiente.

Tan lejos estoy de ofenderme porque os querais desengañar por vuestros ojos, que en lo que pensais darme sentimiento he recibido mucho gusto, pues al mismo tiempo que vos os desengañais hago juicio de no quedar yo engañada. Clamades satisfizo á Clarmonda con tanta discrecion, que ella quedó tan enamorada de él como si le hubiera tratado mucho tiempo. En estos y otros coloquios pasaron lo que les quedaba en la noche, y viendo que venía el alba se despidieron hasta la siguiente. Tan complacida y enamorada quedó Clarmonda de haber oido á Clamades, que deseaba llegára la noche siguiente para volver á hablarle: con tanto desasosiego pasó aquel día, que sin poder contenerse se asomó muchas veces á los balcones del jardín por si le podia ver. Llegada la noche acudió Clamades al puesto ya citado, donde halló á su querida Clarmonda, y con muchas y amorosas palabras la dió á entender lo que la amaba, Clarmonda le correspondia con agrado, y en esta forma,

sin ser vistos de nadie, se hablaban todas las noches y algunos ratos de día, pues por ser el tiempo calmoso nadie parecía por el jardín.

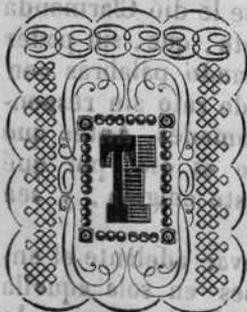
Mas de un mes siguieron esta amorosa correspondencia, con la cual se unieron antes las dos voluntades, que el tiempo que estaban sin verse ó hablarse imaginaban que no vivían. Con estos amorosos coloquios vivían muy alegres los dos tiernos amantes; pero como la fortuna es tan mudable, y á las dichas suelen seguir turbaciones y disgustos, sucedió que estando una noche Clarmonda divertida en sus amorosos coloquios con su querido Clamades oyó que con grande prisa y alegría venían hácia ella sus doncellas, las cuales muy alborozadas la dijeron de parte de su padre que se apercebiera para la mañana siguiente, en la cual entraba en la quinta el conde Feliciano, cuya noticia habia traído un posta que venía delante. Clarmonda, sin que las doncellas notáran con quien hablaba, las despidió diciéndolas que ya estaba informada. Y volviendo al balcon, le dijo á Clamades: si no conociera quien sois y el fin honesto á que se dirijen vuestros amores, dijera que estimabais muy poco mi honor y reputacion: por una parte me encargais no diga á nadie estais escondido en mi jardín, y por otra, sin haberme dicho nada, despachais un posta á mi padre, diciendo que por la mañana entráis en la quinta: en que os presentéis á mi padre cuando fuere vuestra voluntad, no tengo reparo; pero en que sepa habeis estado oculto en el jardín si lo tengo, porque peligra mi estimacion, y si vos me estimais no debeis consentirlo. Y en fin, decidme: con qué traza y á qué hora pensais salir del jardín sin ser visto de nadie? Tan admirado y fuera de sí quedó Clamades con la noticia que le dió Clarmonda de que venía el conde Feliciano al día siguiente, que, sin poder disimular el sobresalto y turbacion, no hallando palabras con que satisfacer á Clarmonda, estuvo un grande rato sin responderla. Clarmonda no notó la turbacion de Clamades. Antes que la respondiera, le dijo: señor, qué silencio es ese? por qué os habeis turbado: acabad de descifrarme este enigma, y sea lo que fuere.

Viendo Clamades que ya no convenia llevar adelante el engaño ni perder un instante de tiempo, pues en sola aquella noche consistia su dicha ó su desgracia, dando un suspiro de lo último del corazón, dijo á Clarmonda lo siguiente: señora,

yo no soy el conde Feliciano como pensais y hasta aqui os he dicho: mi nombre propio es Clamades: soy tan noble como vos, y no menos dotado en bienes de fortuna: la fama de vuestra hermosura fué la causa de que, en traje de labrador, me introdujera en este jardin; y para lograr los presentes favores me fingi ser el conde Feliciano, con cuyo fingimiento he conseguido que este jardinero me haya tenido oculto. Yo os confieso que ha sido osada temeridad en mí querer ascender al sόlo de vuestra mano. Conozco que no es de caballeros pretender con fingidos pretestos lo que por sus méritos no pueden alcanzar; por todo lo cual os pido rendidamente me perdoneis atendiendo á que el mucho amor que os tengo, y no otra cosa, ha sido la causa de todo lo que hasta aqui os he dicho. Queriendo pasar adelante no pudo, porque las muchas lágrimas le embargaron las palabras.

CAPITULO IV.

Como Clamades sacó á Clarmonda del jardin á tiempo que llegaba el conde Feliciano, del alboroto que se ofreció en la quinta, de las postas que salieron en seguimiento de Clamades, y como llegó con su querida Clarmonda á Mansi.



TAÑ confusa quedó Clarmonda al oír lo que Clamades la decia, que dudaba si estaba despierta ó soñando, y aunque fué mucho el enojo que tomó contra Clamades por el engaño con que la habia tratado no pudo ni aun darse por sentida, porque el amor que ya le tenia era tanto, que escedia en

mucho al sentimiento. Despues de pasado un gran rato en que uno y otro estuvieron sin poder articular palabra, rompió Clarmonda el silencio diciendo: no estraño, señor Clamades, que el mucho amor que me teneis, segun decís, os haya puesto en paraje de haber estado tanto tiempo escondido en mi jardin pasando tantas incomodidades, pero sí estraño que sabiendo vos estaba yo capitulada con el conde Feliciano, hayais estado callando hasta esta hora, en la cual ya nada tiene remedio; pues aunque yo me determinára faltar á los tratados que mi padre tiene hechos con el Conde, éste tardará muy pocas horas en llegar á la quinta, segun el aviso que el posta ha traído, y en llegando habré de desposarme con él, gustosa ó disgustada.

Apenas sintió Clamades las sentidas palabras de Clarmonda, por las que le dió á entender el afecto que le tenia, cuando con mucho alborozo la dijo: señora mia, si os determinais á hacer lo que yo os diga, todo puede tener remedio, pues aunque es muy corto el tiempo que nos queda, yo lo dispondré de forma que antes de amanecer estemos fuera de la quinta, y en un caballo, que para el caso tengo prevenido (al cual no pueden seguir en la carrera cuantos hay en el mundo), nos iremos á mi tierra, donde celebraremos nuestras bodas con el esplendor que merece vuestra persona; y de cumplir lo que llevo dicho os doy palabra y hago juramento á la ley de caballero.

Fiada Clarmonda en las palabras y juramento de Clamades, y enamorada, que es lo mas, sin reparar en los inconvenientes que pudieran sobrevenir y el riesgo á que esponia su estimacion, que amor todo lo allana, dijo á Clamades que dispusiera lo que fuera de su agrado, pues estaba resuelta á ir con él donde la llevara.

No tardó Clamades en dar principio á la obra, pues subiéndose por las ramas de un naranjo que habia debajo del balcon donde estaba Clarmonda, quitándose un ceñidor de seda, y atándola por debajo de los brazos la descolgó al jardin, y por el mismo sitio volvió á bajar Clamades. Retirado á lo interior del jardin, por si alguna doncella se asomaba, reparó Clamades en una escalera de pasos que servia al jardinero para cultivar los árboles, y tomándola con mucho trabajo, la arrimó á una de las paredes, registró la salida, y hallándola proporcionada,

subió á Clarmonda, y habiendo ya echado la escalera al lado de afuera para bajar el jardinero, que por venir ya el dia se habia levantado, reparando que sobre la pared habia un bulto como de muger, empezó á dar tales y tan grandes voces, que alborotada la quinta todos se pusieron en alarma: acudieron al jardin, y estando en él el almirante Ursino, informándose del jardinero, vinieron dos mayordomos con mucha prisa, diciendo que á la puerta de la quinta habian llegado seis coches, los cuales creian eran del conde Feliciano. Alborotado el Almirante con esta noticia, salió del jardin para recibir al Conde, y al tiempo de pasar por los cuartos de su hija, salieron á él las doncellas muy alborotadas y llorosas, diciendo que su ama Clarmonda no estaba en sus cuartos ni en toda la quinta. Con esta noticia y la del jardinero se afirmó el Almirante en que el bulto que se habia visto sobre la pared fué su hija Clarmonda, á la cual, engañada ó robada, habian sacado de la quinta, y con mucha furia y grandes voces decia: traicion, traicion, que me han robado á mi hija Clarmonda. Alborotóse toda la quinta con este nuevo suceso, y cada cual procuraba con ánsia descubrir el agresor. El conde Feliciano, que estaba esperando que le abrieran la puerta, informado del suceso, mandó á los suyos cercáran la quinta, sin dejar entrar ni salir persona humana: hizose como el Conde lo dispuso, con cuyo motivo descubrieron la escalera. Dieron cuenta al Almirante, el cual ya desengañado de que Clarmonda no estaba en la quinta, mandó ensillar todos sus caballos y que por todos los caminos salieran diversos postas por si la podian descubrir. El conde Feliciano mandó á los suyos hicieran lo mismo, y en breve tiempo salieron mas de treinta en busca de los dos, de forma que solos quedaron en la quinta el conde Feliciano y el Almirante, éste avergonzado y rabiando de corage por la ausencia de su hija, y el Conde apesadumbrado por verse burlado. Hablando estaban los dos sobre el asunto, cuando llegaron dos de los jornaleros que solian venir á trabajar al jardin, los cuales sabedores del suceso, dijeron al Almirante: señor, á una legua de la quinta veniamos los dos á tiempo que rayaba el dia, cuando de improviso vimos venir dos bultos en un caballo de madera, con una carrera tan veloz, que apenas nos dió lugar para conocer que eran hombre y muger los que llevaba encima, cuya vision nos ha causado tanto espanto, que acobardados apenas

podíamos caminar: esto hemos visto, y es lo que podemos decir. Aturdidos quedaron el Almirante y el Conde con la relacion de los trabajadores, y sin saber á qué poder atribuir aquel asunto: llenos de confusion se retiraron á lo interior de la quinta, donde los dejaremos para seguir á Clamades y á Clarmonda.

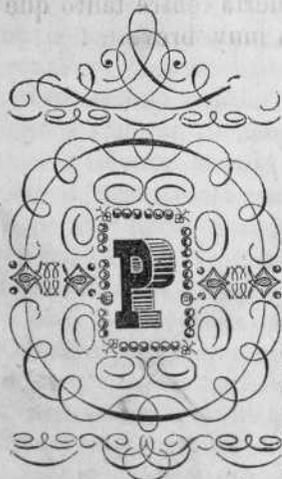
Luego que Clarmonda acabó de bajar de la escalera, tomándola Clamades por la mano, se fué al sitio donde habia dejado escondido su caballo, en el cual montó con mucha lijereza, y tomando á Clarmonda á las ancas, torció la clavija y arrancó el caballo con la velocidad ya dicha. Caminaron hasta media tarde, á cuya hora fué forzoso parar junto á una aldea, tanto para tomar alguna provision para comer, cuanto para darla algun descanso á Clarmonda, que con la velocidad de la carrera venia muy molestada. Despues que comieron y descansaron un rato en la forma dicha, siguieron su camino sin impedimento alguno. Dos dias caminaron en esta forma, al cabo de los cuales, como al medio dia, llegaron á dar vista á Grecia, y en una huerta, que estaba cerca de la ciudad de Mansi, se apearon á descansar y esperar á que llegára la noche para entrar en la ciudad. Pareciéndole á Clamades que seria mas acertado avisar á sus padres para que salieran á recibir á Clarmonda: habiendo comunicado este pensamiento con ella, la dijo que se quedase con la dueña de la huerta entre tanto que él iba á dar la noticia, cuya vuelta seria muy breve.



capitulo de mansi y como estaba resalta piquetamente
fueron hacia allí, toparon que debajo de un arbol estaba el
vicio. Luego que pasó Clamades, se fue
hacia se quedó á un lado porque no le
el cual vio que Clamades está de la
hacia fuera por aquel sitio pasamos
de la huerta y la caminata que
quero la y habio un tiempo

CAPITULO V.

De como sabiendo Lisardo la llegada de Clamades, con engañosa graza se llevó robada á Clarmonda en el caballo de madera á la villa de Brena donde murió preso Lisardo, y Clarmonda queda depositada en la quinta del Gobernador.



PARTIÓ Clamades para la ciudad, y al tiempo de salir de la huerta dió la casualidad que Lisardo viniera por aquel sitio paseándose, el cual viendo que Clamades salia de la huerta se apartó á un lado porque no le viese. Luego que pasó Clamades, se fué Lisardo hácia allí, reparó que debajo de un árbol estaba el caballo de madera, y con mucha cautela preguntó separadamente

á la dueña de la huerta quién habia traído aquel caballo, á lo que le respondió: que hacia poco mas de una hora que llegó en él un caballero y aquella dama que por la huerta se andaba paseando: que el caballero se la habia dejado encomendada mientras llevaba la noticia á su casa para que la salieran á recibir; pero que ni á uno ni á otro conocia. Con esta noticia el cauteloso Lisardo se llegó á Clarmonda, y habiéndola saludado y visto su hermosura, por vengarse de Clamades, se determinó á robarla, y con fingidas palabras la dijo: señora, mi señor Clamades me envia á que os diga que os vengais conmigo, que no puede volver por vos á causa de habersé desconcertado un pie; y para que veais que soy su fiel criado, venid conmigo donde está el caballo de madera, y vereis como lo sé manejar, pues solo yo y mi señor sabemos el secreto. Clarmonda, por asegurar lo que la decia, le preguntó por los padres y hermanas de Clamades, y respondió con acierto como que conocia muy bien á todos. Con estas señas se determinó á ir con él, y estando ya montados los dos en el caballo reparó Clarmonda que entraba por la huerta su querido Clamades, y le dijo á Lisardo: no me dijiste que Clamades no podia venir á causa de haberse lastimado un pie? Pues vedlo, allí viene. Lisardo, que sabia muy bien manejar el caballo, torcióle la clavija y arrancó la carrera con la precipitacion acostumbrada, de forma que estando Clamades ya á cuarenta pasos de distancia, apenas pudo conocer que era Lisardo el que se llevaba á Clarmonda, y á grandes voces exclamó diciendo: traicion, traicion; pero en breve rato se desapareció el caballo, quedando Clamades tan angustiado y sorprendido de la pena, que cayó amortecido en tierra, donde estuvo sin dar muestras de vida mas de dos horas, á cuyo tiempo llegaron sus padres, hermanas y muchas damas á recibir á Clamades y á Clarmonda, y viéndolo tendido en el suelo sin señales de vida, preguntaron sus padres á la dueña de la huerta quién habia muerto á su hijo; y habiéndoles informado de todo mandaron llevar á Clamades á su casa, donde varios médicos, con muy especiales medicinas, consiguieron volverlo á su sentido; pero era tan grande la pena que tenia, que á cada instante le repetia el insulto, sin poder conseguir, por mas que hicieron, que hablára una sola palabra en mas de tres dias, al cabo de los cuales prorrumpió diciendo: ¡Ay

Clarmonda mia! ya no te volveré á ver, pues te llevó robada y engañada el traidor Lisardo. Todos procuraban consolarlo y divertirlo; pero nada conseguian, y porque su pena no tenia consuelo.

Dejemos á Clamades envuelto en sus angustias, y pasemos á ver los acontecimientos de Lisardo y Clarmonda, la cual luego que oyó las voces de Clamades, y vió que el caballo enderezaba la carrera á la parte opuesta de la ciudad, conoció la traicion y se persuadió que iba engañada, y con muchas lágrimas y estremados afectos suplicaba á Lisardo la volviera con Clamades; mas él, sin atender á lágrimas ni á súplicas, no dejó de seguir la carrera en lo que quedaba de la tarde y toda aquella noche, de forma que, ya rendidos, al amanecer pararon en un hermoso valle cerca de una fuerte villa llamada Brena, y apeándose del caballo se sentaron cerca de una fuente; y despues de haber bebido, Lisardo, con amorosas palabras y muchos ofrecimientos, pretendia desenojar á Clarmonda, ofreciéndola llevar á su tierra, donde se casaria con ella y seria servida y respetada de todos. La hermosa Clarmonda, sin dejar de llorar, le respondió: que ella no se podia casar con él, porque ya lo estaba con Clamades: que no era accion de caballeros robar á una muger, viviendo en la inteligencia de que aunque la hiciera pedazos no apartaria su amor de su querido Clamades. En estas y otras contiendas estaban, cuándo llegaron á beber á la fuente unos monteadores que con el Gobernador de la ciudad venian monteando, y viendo aquella hermosa doncella tan afligida y llorosa, movido de caridad se llegó el Gobernador á Lisardo, y le preguntó quién era él y la dama y á dónde se dirigia su camino? A lo cual respondió Lisardo: que él era ingeniero y aquella dama era su muger, que el camino que llevaba era buscar una ciudad donde poder ejercitar su facultad. Mientras Lisardo estaba haciendo esta relacion, Clarmonda lloraba y suspiraba con mas ánsia, de forma que dió á entender al Gobernador ser la relacion de Lisardo fingida, y que la dama estaba violenta con él. Con esta sospecha mandó separar á Clarmonda de Lisardo; y preguntándola si era verdad lo que él habia dicho, respondió que todo era incierto porque la traia robada. En seguida mandó el Gobernador llevar á Clarmonda y el caballo á su palacio, y Lisardo que lo metiesen en la cárcel, en la cual fué tanta la pena y congoja que le acometió, que al tercer dia murió desesperado.

CAPITULO VI.

Como Clarmonda se finjió loca por no casarse con el Gobernador, como le escribió á Clamades el estado en que se hallaba, y como éste se puso en camino para la villa de Brena.



CLARMONDA fué muy bien recibida de una hermana del Gobernador; la cual viendo su mucha hermosura, gentil talle y gallardo entendimiento, la queria tanto que no se hallaba un punto sin ella. No le sucedió menos al Gobernador, pues en breve tiempo se prendó tanto de la hermosura de Clarmonda que determinó elegirla por su esposa, y habiéndose declarado con ella, le respondió Clarmonda mirára bien lo que hacia; pues ella era de muy humilde nacimiento y que no convenia ni igualaba con él. El Gobernador, arrestado y ciego del amor que la habia

tomado, la dijo no pensára en disuadirlo con ningun pretesto, pues habia de ser suya dentro de muy pocos dias, fuera de alto ó bajo nacimiento.

Viéndose Clarmonda en tanto aprieto y con poca ó ninguna resistencia para no faltar á la fina fé que debia á su querido Clamades, determinó fingirse loca, lo cual puso por obra al dia siguiente con tanto disimulo y tan vivos ademanes, que todos creyeron ser cierta la locura, cuya enfermedad sintió mucho el Gobernador, y por el grande amor que la tenia, mandó la encerráran en una decente sala, en la cual estaba asistida de cuatro doncellas y un criado, que con mucho cuidado la administraban todo lo que podia conducir á su alivio. Viéndose Clarmonda tan separada de su querido Clamades, y que sin darle aviso era imposible supiera donde estaba, un dia que se hallaba sola con una de las doncellas de quien ella tenia mucha satisfaccion, despues de haberla regalado varias joyas de mucho valor, con lágrimas y suspiros la contó toda su historia, la causa de verse en aquel estado, los amores de Clamades y el motivo que tenia para fingirse loca; y con encarecidas palabras la suplicó buscarse quien con el sigilo que el caso pedia levára una carta á Clamades.

La doncella, compadecida de la desgracia de esta señora, la ofreció toda su ayuda guardando el mayor sigilo, y en seguida la proporcionó tinta y papel, con lo que escribió á Clamades cuanto la habia sucedido con Lisardo, con qué motivo la habia llevado el Gobernador á su casa, la causa por qué se habia fingido loca, encargándole que luego se pusiera en camino sin darse á conocer, y que el portador le conduciría al sitio donde se hallaba. Cerró la carta y se la dió á su amiga: ésta la puso en poder de un conductor de toda su confianza, el cual, despues de bien pagado, con la esperanza de mayor premio, emprendió su marcha con mucha diligencia. Dejemos á Clarmonda en su encierro ya mas consolada, y pasemos á ver lo que sucedió á Clamades.

Melancólico, triste y enfermo estaba Clamades por la pérdida de su querida Clarmonda; y aunque por parte de sus padres habian hecho cuantas diligencias caben en lo humano á fin de saber de Clarmonda, no se habia descubierto persona que la hubiese visto, con cuyo motivo cada dia crecia el disgusto y la enfermedad en Clamades, de tal manera que ni los amigos ni las diversiones bastaban á darle el mas corto alivio á sus penas: muchas veces pensó salir á buscarla; pero las pocas fuerzas que tenia no le

permitian hacer esta peregrinacion, y estando un dia muy pensativo repasando en su imaginacion los amorosos lances que le habian pasado con su querida Clarmonda, las muchas finezas que la debia, su singular hermosura y la traicion con que la habia robado Lisardo, fué tan grande la pena y angustia que estas memorias le representaron, que acometido de un fuerte desmayo, cayó en tierra con mas señales de muerto que de vivo: acudieron los médicos con varias y especiales medicinas, con las cuales consiguieron algun alivio, y habiendo vuelto en su cabal sentido le dijo su mayordomo: señor, dos dias hace que llegó un propio con una carta cerrada para usted: díjele me la entregára porque no habia proporcion de que pudiera él hacerlo; pero me contestó que no lo haria mas que en propia mano del que trae el sobre escrito, por cuyo motivo y el de hallaros tan indispueto le he detenido hasta hoy que, viendo estais mas aliviado, os doy la noticia para que determinéis lo que os agrade.

No bien hubo acabado el mayordomo su razonamiento cuando le respondió Clamades: dile á ese hombre que pase adelante sin detenerse un punto. Partió el mayordomo por el propio, el cual entregó la carta á Clamades; y viendo éste que la letra del sobre escrito era de su querida Clarmonda, fué tan grande la alegría que recibió, que sobresaltado y temblando apenas acertaba á abrir la carta. Leyóla, y enterado de cuanto le decia, á grandes voces, como si no estuviera enfermo, pidió sus vestiduras. Alborotóse la casa con tan repentina novedad: acudió su padre; y queriéndolo persuadir á que no se vistiera, Clamades le entregó la carta, en vista de la cual le dijo que desde luego se convenia á que hiciera aquella jornada; pero que esto seria en cobrando fuerzas y estando mas restablecido. Sosegóse Clamades con las razones de su padre, y al dia siguiente se levantó tan aliviado de su enfermedad como si hubiera tenido un mes de convalecencia. Tres dias estuvo el propio en casa de Clamades muy bien asistido, al cabo de los cuales, sin poder detenerlo, se puso en camino solo con el propio.



CAPITULO VII.

De la aventura que en el camino le sucedió á Clamades en el castillo de Monte Estrecho, y como se combatió con dos caballeros, llamados el uno Ruperto y el otro Casino, á los que venció.



AMINARON quince dias sin que les sucediera cosa particular; pero al diez y seis, como al anochecer, se hallaron en lo intrincado de unas sierras tan fragosas y escarpadas, que apenas las penetraba el sol. Viendo Clamades que la noche se venia, y que á poca distancia se descubria un suntuoso castillo, al cual llamaban Monte estrecho, enderezó el caballo hácia él, y habiendo llegado, los porteros abrieron las puertas, tomaron los caballos y á Clamades lo entraron en una hermosa sala, en la cual halló cuatro

damas ricamente vestidas, las que le recibieron con mucha cortesía, y despues de haberse saludado, le preguntaron quién era y con qué motivo caminaba por aquellas sierras. Clamades, con mucha cortesía, las respondió: que él era un pobre caballero y que su viaje se dirigia á buscar una aventura, á lo que le contaron: pues si no buscáis otra cosa que una aventura ya la habeis encontrado en este castillo, en el cual todos los caballeros que quieran entrar, se han de combatir precisamente con otros dos á un tiempo, dueños de esta posesion; y el que no tuviese valor para aceptar el combate, tiene que dejar aquí todas las armas y el caballo: tres dias teneis de término para que os decidais á lo que mejor os parezca de las dos cosas, porque los caballeros con quien debeis pelear son muy esforzados, y han vencido á cuantos por aquí han pasado, que nosotras, por haceros bien y porque no camineis á pie, os daremos un palafren con todo lo necesario para el camino.

Atento estuvo Clamades oyendo á las damas, y conociendo su buena intencion, con mucha gracia y cortesía las dijo: señoras, yo agradezco mucho la oferta que me haceis, y tomaria vuestro consejo á no ser contra la opinion y buena fama de la órden de Caballeria, por cuyo motivo estoy determinado á combatirme con esos dos caballeros; y si mi mala suerte dispusiere que yo sea vencido, toleraré mi desgracia con mas gusto que dejar mis armas de cobarde: en vista de lo cual, espero de vuestra cortesía me digais qué motivo ó causa mueve á estos caballeros el combatirse con todos los que por aquí pasan.

Habeis de saber, respondieron las damas, que treinta años hace pasó por esta sierra un caballero que, viéndose perdido, pidió por merced le hospedasen en este castillo, y el caballero dueño de él, movido de caridad, le dió acogida sin mas interés que el de hacerle bien; pero el mal caballero huespéd, luego que llegó la media noche, seguro de que todos dormian descuidados, se levantó y quitó la vida al dueño del castillo, á su muger, dos hijas y á seis criados: despues se fugó sin ser de nadie conocido. Los dos caballeros que se han de combatir con vos son hijos de los dueños que asesinó aquel traidor, y en aquel entonces estaban ausentes; pero noticiosos de semejante tragedia, vinieron á habitar este castillo, y han jurado que no ha de pasar por aquí caballero con quien no se combatan, por ver si por este medio pueden descubrir el alevoso que mató á sus padres. Muchas gracias las dió Clamades

por la noticia, y las suplicó que hicieran el favor de avisar á los caballeros su venida y se apercibieran al combate, el cual habia de ser á la mañana siguiente á causa de que él no podia detenerse mas tiempo. Las damas le dijeron que ya les habian avisado, y que el motivo de no estar ya en el castillo era porque se hallaban en una quinta dos leguas de distancia; pero que al amanecer estarian allí sin falta.

En estos y otros razonamientos pasaron el primer tercio de la noche, y llegada la hora de cenar pusieron la mesa, en la que cenó Clamades en compañía de las damas con mucho gusto: despues se retiraron á sus aposentos y Clamades al suyo, en el cual halló una hermosa cama: descansó en ella de la fatiga del camino, y apenas rayó el alba cuando le avisó un page que ya le esperaban en el campo los caballeros. Armóse Clamades, y tomando su caballo salió al sitio aplazado para el combate, que era una hermosa llanura delante del castillo. Las damas y demas familia se pusieron en los balcones, y á todos agradó mucho el brio y manejo que en las armas tenia Clamades; pero desconfiaban que saliera victorioso de la lid. Ya apercebidos, y hecha la seña de una parte á otra, le acometió uno de los dos caballeros, llamado Ruperto, con tanta fuerza que, quebrando la lanza en el escudo de Clamades, saltó en el aire en menudas piezas: Clamades le hirió malamente en un muslo, y fué tan fuerte el choque, que juntándose los caballos llegaron los dos ginetes á las manos, y asiéndolo Clamades por medio del cuerpo dió con él en tierra tan fuerte golpe, que aturdido del porrazo y maltratado de la grande herida que tenia en el muslo, aunque hizo muchas diligencias para levantarse, no pudo. Viéndole Clamades en tierra y tan mal herido, pensó apearse de su caballo para cortarle la cabeza; pero al tiempo de quererlo ejecutar, Casino, su hermano, le acometió con tanta ferocidad, que encontrando á Clamades desprevenido dió con él en tierra herido en el brazo siniestro: viéndose Clamades á pie metió mano á la espada, y esperando á Casino que muy arrogante pensó de un bote de lanza acabar con Clamades; mas él le esperó animoso, y recibiendo en su escudo el golpe, le hurtó el cuerpo, y al tiempo de pasar le metió la espada al caballo por un hizar, de cuya herida cayó el caballo muerto: viéndose Casino á pie, se vino para Clamades, y cuerpo á cuerpo, cada uno con su espada y escudo, trabaron la mas sangrienta lid que se puede imaginar, dándose muchos y muy terribles golpes. Era Casino muy

diestro en las armas y alcanzaba muchas fuerzas, por cuyo motivo traía cuidadoso á Clamades, el cual viendo la mucha valentia de su contrario apretó la espada en la mano, y con toda la fuerza que pudo le alcanzó un golpe sobre el morrion, que cortándole la mayor parte le hirió en la cabeza, aunque no mucho; pero fué tan recio el golpe, que sin poderse valer cayó Casino en tierra desatinado. Acudió Clamades á quitarle el morrion para cortarle la cabeza, y las damas á grandes voces le pidieron por merced no le quitase la vida. Clamades, atendiendo á los favores que de ellas habia recibido, las dijo: que desde luego les otorgaba las vidas así á Casino como á Ruperto (que tendido en el suelo estaba mas muerto que vivo); pero habia de ser con la precisa condicion de que en adelante no habian de volver á obligar á ningun caballero que pasára por allí, entrára ó no en el castillo, á combatirse con ellos; pues ademas de ser contra la ley de caballeria pelear á un tiempo dos con uno, no tenia éste la culpa del delito que otro cometió, y que en esta forma, y no en la otra, les perdonaria las vidas, cuya obligacion habian de jurar á ley de caballeros antes que él envainara la espada. Casino y Ruperto ofrecieron y juraron hacerlo así, bajo cuya palabra permitió Clamades que los suyos los llevaran al castillo, en el cual fueron curados los tres con mucha proligidad, despues comieron juntos con tanto amor y cortesia como si no hubiesen reñido. Acabados de comer trabaron larga conversacion, en la cual dió á entender Casino á Clamades el disgusto que tenia por la herida que su hermano Ruperto tenia en el muslo, pues por causa de ella no podian cumplir una palabra que tenian dada, en la cual consistia la vida de tres doncellas. Clamades, compadecido, ofreció á Casino su ayuda, con cuyo motivo dijo este: habeis de saber, que un caballero llamado Clamades (á quien no conozco), robó á la hermosa Clarmonda, hija del almirante Ursino, por cuyo robo acumulan á tres doncellas que la servian ser cómplices en el delito del robo, y las han sentenciado á morir quemadas siempre que no haya caballero que las defienda, y habiéndose valido de nosotros las ofrecimos defender, lo cual yo podré cumplir; pero mi hermano no, á causa de la desgracia que acaba de sucederle.

Considerando Clamades que del delito que acumulaban á las tres doncellas estaban inocentes, pues él solo habia sido el agresor, movido de compasion, dijo á Casino: aunque yo no pueda

desempeñar este asunto con el esfuerzo y valentía que lo hiciera vuestro hermano Ruperto, os ofrezco ayudaros en la defensa de las tres doncellas hasta morir. Atento Casino á la liberalidad con que ofreció ayudarle, aceptó la oferta dándole muchas gracias por el favor.

CAPITULO VIII.

Como Clamades y Casino defendieron las vidas de las tres doncellas de Clarmonda que estaban sentenciadas á muerte, y como Clamades trajo á su querida Clarmonda y se casó con ella.



El otro día salieron del castillo Clamades y Casino bizarramente armados: llegaron á la quinta del almirante Ursino, y avisándole que estaban allí los caballeros defensores de las tres doncellas, mandó el Almirante se les diese todo lo necesario hasta el día siguiente que había de ser el combate. Venida la mañana se armaron los dos caballeros, y con ropas negras y muy lucidas armas al punto de salir el sol se presentaron en el palenque, en el cual había un alto cadalso cubierto de luto y en él las tres doncellas. Al lado contrario había un suntuoso trono, en el cual estaba el Almirante y los dos jueces que habían de juzgar el combate, acompañados de muchos caballeros y damas. Paseáronse Clamades y Casino por todo el palenque con tanta bizarría, que se llevaron los afectos de todas las damas y caballeros. Y habiendo entrado los dos caballeros competidores, Brunos y Durbans, mandó el Almirante hacer la seña de acometer, á la cual se vinieron los unos á los otros con tanta valentía, que en los primeros choques ne se reconoció ventaja de una y otra parte; pero á los segundos

acometió Brunos á Casino con tanta ferocidad, que dió con él en el suelo. Viendo Clamades á su compañero Casino en tierra, acometió á Brunos con tanto denuedo, que no pudiendo este resistir el bote de lanza le derribó del caballo. Casino que le vió en tierra se vino á él con la espada en la mano para matarlo. Brunos sacó su espada, y cuerpo á cuerpo trabaron los dos una muy sangrienta batalla. Durbans acometió á Clamades con mucha valentía; pero con poca fortuna, pues al cuarto encuentro le dió Clamades á Durbans tan fuerte cuchillada en la cabeza, que fuera de sentido cayó del caballo como muerto. Clamades se apeó del suyo para cortarle la cabeza; pero los jueces lo impidieron, suplicándole le hiciese merced de concederle la vida, á cuya súplica condescendió Clamades con mucha cortesía.

Viendo Casino que su compañero Clamades habia concluido su demanda, y que él no podia acabar con su contrario, rabiando de coraje apretó la espada en la mano, fué tan fuerte el golpe que descargó sobre Brunos, que cortándole gran parte del yelmo le hendió la cabeza hasta los dientes, y cayó muerto en tierra. Las trompetas y añafles aclamaron la victoria por Clamades y Casino, y los jueces declararon estar las doncellas libres del delito que las acumulaban, cuya sentencia confirmó el Almirante.

Las doncellas dieron muchas gracias á Clamades y á Casino, y retirándose á sus casas trató de curar á su compañero que estaba mal herido. Luego que Casino se alivió de sus heridas, le dijo Clamades tenia un negocio de mucha entidad que concluir, por cuyo motivo no se podia detener: que mandára cuanto quisiera, pues á la mañana siguiente habia de ser su jornada. Casino le ofreció su ayuda; mas Clamades no la admitió, y al dia siguiente Casino se partió para su castillo y Clamades con su escudero para la villa de Brena donde estaba su querida Clarmonda. Cinco dias caminaron, al cabo de los cuales dieron vista á dicha villa, en cuyo sitio mandó Clamades al propio le dejára solo y no dijera á nadie su venida, y en traje de médico se presentó al Gobernador y le dijo: que entre otras enfermedades curaba con mucho acierto la de la locura. El Gobernador se holgó mucho de haberlo visto, y le dijo: en ninguna ocasion podias venir mejor que en esta, porque tengo en esta quinta una doncella loca, á la cual estimo tanto, que si me la curas te daré cuanto me pidas. Preguntó Clamades al Gobernador qué casta de locura era la que la doncella tenia, ó en qué consistia su frenesi, y le contestó: son tantas y

tan raras las manías que cada día toma, que no puedo hacer juicio á qué se dirigen: pocos días hace pidió que la habian de llevar á su cuarto un caballo de madera que traia un Ingeniero, el cual murió, y dijo ser su marido, cuyo caballo creo seria para alguna maniobra suya, repitiendo á grandes voces que se le trajeran, porque queria darle de comer, ó de lo contrario se echaria por la ventana. Viendo que no la podian aplacar mandé se lo llevarán, con lo cual se sosegó enteramente, y desde aquel dia se la reconoce algun alivio, pues algunos días que por divertirla suelen sacarlo al campo, ha de ser con la condicion de llevarla el caballo delante: con él tiene sus conversaciones: ahora le riñe, luego le acaricia, ya rie, ya llora, hoy está sosegada y mañana furiosa, de forma que no se puede averiguar á qué camino gira su locura.

Muy atento estuvo Clamades escuchando la relacion que le hacia el Gobernador, y conociendo la buena ocasion que la fingida locura de Clarmonda le presentaba, le dijo: señor, el modo mas seguro de curar esta enfermedad es el de cariño y buen tratamiento, por lo que se ha hecho muy bien en darla gusto. Si mis proyectos salen como yo pienso, dentro de muy breve tiempo tendrá remedio su enfermedad. Ahora resta que la saquen á paseo como otros días, y en el discurso de la tarde observaré el estado de la enfermedad y prevendré la medicina. Muy complacido quedó el Gobernador, y luego al punto mandó á las doncellas sacáran á Clarmonda, la cual salió como otras tardes con su caballo delante fingiendo con tanto disimulo su locura, que á no saberlo Clamades creyera era cierta su enfermedad. Luego que Clarmonda vió á Clamades, con mucho disimulo se vino á él y le dijo: dime, quién eres tú y á qué has venido aqui? Clamades la respondió: señora, yo soy un médico extranjero, que pasando por aqui me detuve por ver estos jardines: si tengo alguna cosa en que serviros podeis mandar con toda satisfaccion. Clarmonda, con mucha severidad, le respondió: mas trazas tienes tú de posillon que de médico: y así lo que se me ofrece es que registreis si este caballo tienè herraduras y todos los arreos correspondientes, porque en él quiero que me llesves á la ciudad de Mansi, donde pienso casarme luego que llegue, Clamades, sonriéndose, miró al Gobernador y á las doncellas, las cuales hacian lo mismo de oír las locuras de Clarmonda; y viendo ésta que Clamades no hacia lo que le habia mandado, con mucha furia se llegó á él

y le dijo: dime, hombre, cómo no haces lo que te mando? registra ese caballo luego al punto, porque mañana á estas horas ya he de estar en Mansi.

Clamades, disimulando lo mejor que pudo, la respondió: yo, señora, voy á registrarlo, y dándole dos ó tres vueltas conoció estaba con todos sus muelles y resortes lo mismo que cuando el lo dejó, y volviéndose á Clarmonda la dijo: señora, al caballo no le falta nada, tan á punto está que mañana á estas horas podeis estar donde apeteceis. A lo cual respondió Clarmonda, pues manos á la obra, despedámonos de estas señoras y del Gobernador, daremos principio á la jornada. Con muchos ademanes se despidió de todos y montó en el caballo. Clamades para mas asegurar al Gobernador se llegó y le dijo: señor, á esta casta de locura no contradecir nada y hacer lo que ella quisiere pues de lo contrario es dar lugar á que se la aumente la furia y sea mas difícil su curacion; si os parece subiré con ella en el caballo y veremos si muda de mania. El Gobernador le dijo que hiciera lo que mas conviniera á su alivio. Clamades se llegó al caballo, y montado en él, luego que estuvieron los dos bien acomodados volvió la cara al Gobernador y le dijo: la que aqui tengo es Clarmonda, hija del almirante Ursino, la cual no ha estado ni está loca, yo soy Clamades: he venido por ella y me la llevo. Apenas oyó el Gobernador estas palabras cuando con mucha furia se levantó para quitársela; pero Clamades que ya estaba prevenido, torció la clavija á su caballo y arrancó tan veloz que en pocos minutos les perdieron de vista.

Asombrado quedó el Gobernador, las doncellas y demas circunstancias sin poder en mucho rato hablar ni una palabra, y reflexionando en Clarmonda el empeño que siempre tuvo de guardar el caballo, y lo que acababa de decir el fingido médico, vinieron en conocimiento de que lo dicho por Clamades era lo cierto, con cuyo motivo quedó rabiando de corage el Gobernador.

Volvamos á Clamades que muy gustoso caminaba con su querida Clarmonda, y al cabo de tres dias llegaron á la ciudad de Mansi. Las fiestas, regocijos y alegrías que se hicieron por su venida, fuera prolija impertinencia, por lo que se dejan á la consideracion del discreto lector.

Al dia siguiente de haber llegado Clamades mandó á un mayordomo suyo fuese en el caballo de madera á entregar una carta al almirante Ursino, padre de Clarmonda, por la cual le

daba cuenta de todo lo que habia sucedido á su hija desde que faltó de la quinta, y de como estaban dispuestas sus bodas, á las cuales esperaba le hiciese el favor de concurrir.

Salió el mayordomo y en breve tiempo llegó á la quinta del Almirante, á quien entregó la carta, y habiéndola leído, se alegró mucho por saber de su hija Clarmonda, y llevado del cariño paternal, al dia siguiente, acompañado del mayordomo, tomaron caballos, y en tres dias llegaron á casa de Clamades, en la cual fué el Almirante muy bien recibido, y en aquel mismo dia se desposó Clamades con Clarmonda, Rutilo con Lucinda, Polidoro con Máxima, y Flor, la querida del ya muerto Lisardo, con el Almirante padre de Clarmonda, que estaba viudo, cuyas bodas se celebraron con mucho gusto de todos: pasados algunos dias se retiró cada uno á su casa con su muger, y Clamades se quedó muy gustoso en la suya con su querida Clarmonda.

